



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año II 2015 Núm. 4

ÍNDICE

	Pág.
José Ramón López de la Osa González: Presentación	213
Vicente Botella Cubells: El Vaticano II como reto permanente	215
Martín Gelabert Ballester: De la fe como encuentro a la fe como problema	235
José Francisco Castelló Colomer: ¿Los poderes públicos respetan el libre ejercicio del <i>munus docendi</i> de la Iglesia?	253
Andrés Valencia Pérez: Una Iglesia comprometida con el diálogo. <i>Nostra Aetate</i>, 50 años	267
Alfonso Esponera Cerdán: Pasaron ya cincuenta años del Vaticano II	283
Fernando Chica Arellano: Ecología y cristianismo. Esbozo de algunas reflexiones de estos 50 años a la luz del magisterio del papa Francisco	305
Juan Miguel Díaz Rodelas: Leer la Escritura: De la <i>Dei Verbum</i> a la <i>Verbum Domini</i>	329
Memoria Académica del Curso 2014-2015	357
Recensiones	385
Publicaciones recibidas	411
Índice del Volumen II (2015)	413

ESCRITOS
DEL VEDAT

ECOLOGÍA Y CRISTIANISMO. ESBOZO DE ALGUNAS REFLEXIONES DE ESTOS 50 AÑOS A LA LUZ DEL MAGISTERIO DEL PAPA FRANCISCO

*Mons. Fernando Chica Arellano**

RESUMEN

El contenido de este artículo es una reflexión, desde la luz de la fe, acerca del valor de la ecología, o cuidado de nuestro entorno natural, un bien recibido del Creador que ha de transmitirse a generaciones venideras. Tras analizar las causas del grave deterioro medioambiental actual, cuyo origen radica en el antropocentrismo egoísta del ser humano, que vive de espaldas a la creación de Dios y origina exclusión económica y social contraria a la fraternidad humana, el autor analiza algunos textos importantes del Magisterio de la Iglesia al respecto, especialmente la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco, con la que el Santo Padre desea alentar a todos a salvaguardar nuestro planeta, esa casa común que a todos nos acoge y que debe ser cuidada, emprendiendo urgentes medidas para frenar un deterioro que afecta sobre todo a los más pobres. El artículo concluye con una síntesis de las claves para una teología-espiritualidad ecológica que pone a Dios en el centro de la vida humana, tal y como Su Santidad defendió en discursos recientes en el Congreso de los Estados Unidos y en la sede central de la ONU, en Nueva York.

PALABRAS CLAVE

Cambio climático, Ecología, *Laudato si'*, Ética ambiental, Antígenesis.

* Observador permanente de la Santa Sede ante las Organizaciones y Organismos de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, IFAD, PAM). (Roma).

ABSTRACT

This article, inspired by the light of faith, sets out to reflect upon the value of ecology, the care of our natural environment, a gift from our Creator which must be passed on to future generations. The author first examines the causes of the current serious environmental damage, originating in the selfish anthropocentrism of human beings, who have turned away from God's creation, and results in economic and social exclusion so contrary to human fraternity. Afterwards, he analyses some important documents of the Magisterium of the Church in this area, especially Pope Francis' encyclical *Laudato si'*, which the Holy Father has written in order to raise an awareness of the urgency to preserve our planet, that common home which shelters all of us and which must be cared for by taking immediate measures to stop a degradation which mainly affects the poorest. The article concludes by offering a synthesis of key aspects of an ecological theology-spirituality which presents God as the centre of human life, as His Holiness proclaimed in recent speeches delivered at the US Congress and at UN headquarters in New York.

KEY WORDS

Climate change, Ecology, *Laudato si'*, Environmental ethics, Antigenesis.

Agradezco vivamente la invitación que me ha sido cursada para participar en esta Jornada dedicada a la Cumbre de París.¹ Saludo deferentemente a los que me acompañan en el uso de la palabra. Es para mí una auténtica alegría y un verdadero honor poder dirigirme a este distinguido auditorio en la sede de esta Universidad, a la que profeso un gran aprecio. En este centro encontré siempre acogida y estima, tuve el privilegio de conocer a extraordinarios profesores y a miembros del personal de administración y servicios muy competentes, así como la suerte de acompañar los estudios y esfuerzos por abrirse camino en la vida de nu-

¹ Conferencia pronunciada el 19 de noviembre de 2015 en la Sala de Grados "Pascual Rivas" de la Antigua Escuela de Magisterio de la Universidad de Jaén (UJA), con motivo de la *Jornada-Debate sobre la Cumbre de París*, organizada por el Vicerrectorado de Proyección de la Cultura, Deportes y Responsabilidad Social de dicha Universidad.

merosos jóvenes, que con el correr de los años han seguido regalándome su amistad y cercanía. Vuelvo a esta institución con enorme emoción y respeto después de más de tres lustros y la verdad es que el tiempo, en vez de aminorar, lo que ha hecho es incrementar los bellos recuerdos que de la misma conservo en mi alma como precioso tesoro. Gracias de corazón, pues, a los organizadores de esta hermosa iniciativa, a cuantos la han hecho posible y a todos los aquí presentes. Dios derrame abundantes bendiciones sobre la gran familia de la UJA.

1. *LAUDATO SÌ*: EN CONTINUIDAD

Con fecha 24 de Mayo de 2015, el papa Francisco nos regaló, no sólo a los católicos sino a toda la humanidad, una encíclica, bajo un título sugerente que el Pontífice tomaba de un cántico de San Francisco de Asís,² que comenzaba con las palabras: *Laudato si*, “Alabado seas, mi Señor”. Con ese texto, el Santo Padre deseaba reflexionar “sobre el cuidado de la casa común”, es decir, sobre la salvaguarda del planeta que a todos nos acoge y al que el Obispo de Roma llama, tras las huellas del Patrón de Italia, hermana y madre tierra. Este documento papal ha hecho reverdecer en muchos el interés por la ecología.

En efecto, la inquietud ecológica con el correr del tiempo ha ido configurándose y desarrollándose como un factor en alza. Son múltiples las manifestaciones, organizaciones, muestras, exposiciones, programas, etc., que abordan esta cuestión. El movimiento ecologista ha ido creciendo con velocidad inusitada. Es un cuerpo vivo, rico, no monocorde.³

Si nos referimos a la Iglesia, la ecología ha sido una vertiente que no la ha dejado indiferente. El pueblo de Dios ha ido desarrollando una profunda sensibilidad y atracción por las iniciativas ecológicas.⁴ Por eso mismo, con su encíclica, Su Santidad no ha descubierto una senda nueva, sino más bien lo que ha hecho es retomar, ordenar, vigorizar un

² El significado profundo y el contexto de esta composición de san Francisco de Asís puede verse en: LECLERCQ, E., *El Cántico de las criaturas*, Oñate 1977.

³ Cfr. COSTA MORATA, P., “En torno al modelo de sociedad de los movimientos verdes”, *Iglesia Viva* 115 (1885) 7-10.

⁴ No podemos olvidar que un texto de la autoridad del *Catecismo de la Iglesia Católica* se detiene en explicar las obligaciones del hombre respecto al medio ambiente en los n. 2415-2418.

ámbito que ya venía cultivándose en el pensamiento católico y, más concretamente, en las enseñanzas de la Santa Sede.⁵

2. PUNTO DE PARTIDA: EL GRAN INTERÉS MUNDIAL POR LO ECOLÓGICO

El medio ambiente suscita en nosotros evocaciones contrastantes, paradójicas, de gran profundidad. Mirar a nuestro alrededor con ojos limpios no es un ejercicio que deje impasible, sobre todo cuando se observa la degradación del medio ambiente, cuando se escucha el grito de los que padecen las inclemencias naturales, que a menudo son los más desprotegidos y postergados. Vienen a la mente aquellas páginas de Miguel Delibes, en su obra *Un mundo que agoniza*,⁶ donde el gran escritor compara nuestra civilización con un tren de madera que, para alimentar a la máquina, va quemando uno a uno sus vagones hasta quedarse sin tren.

Las reflexiones de este insigne vallisoletano son un hontanar de sentimientos que pueden sumarse a otros datos adquiridos por caminos menos bellos que los literarios. En efecto, no hay más que dar un paseo para observar que la tutela del planeta se ha vuelto una auténtica *necesidad*. No es un argumento epidérmico. Tampoco un lujo. Al margen de modas o cálculos partidistas, para numerosas instancias la ecología aparece como una urgencia cardinal, un sector básico que no deja de suscitar preocupación pues el hombre ve en la naturaleza una fuente de recursos que puede agotarse. Ciertamente, el ecosistema terrestre que alimenta las demandas de energía necesarias para la vida ordinaria, el funcionamiento de la industria o el uso del transporte no son ilimitados. Por otra parte, bastantes de las intervenciones sobre el medio natural, por obra de la actuación humana, provocan miedo o indignación. Nos vemos amenazados nosotros mismos y debemos defendernos de nuestras propias actuaciones. Son copiosas las voces que se elevan al notar que crece la contaminación de la atmósfera, que un elemento tan precioso como el agua va escaseando, que el suelo está cada vez más erosionado. Son problemas serios, que despiertan encendidos debates. A ello podemos agregar desiertos que se extienden, sequías que se prolongan, el manejo irresponsable de

⁵ Cfr. KEENAN, M., *De Estocolmo a Johannesburgo. La Santa Sede y el medio ambiente. Un recorrido histórico (1972-2002)*, Madrid 2002.

⁶ Ed. Plaza y Janés, Barcelona 1979, 14-15.

sustancias peligrosas, el uso indiscriminado de insecticidas y herbicidas, el aumento de los residuos industriales contaminantes...⁷

¿Qué hacer ante el horizonte que se divisa? Va prosperando la convicción de que no es tiempo de parálisis nocivas, retóricas estériles, postergaciones improcedentes. Hay que actuar y no de cualquier modo. Se habla ya de “ética ambiental”, como aquella parte de la ética que regula las relaciones del hombre con su ambiente. El hombre, tarde o temprano, tendrá que imponer un límite a su consumo vertiginoso, pensar en fuentes de energía que no dañen al entorno ni contribuyan a desequilibrios depauperantes, reducir de una forma racional la acumulación de basuras, la emisión de gases efecto invernadero, poner fin a la deforestación...

El papa Francisco, en su encíclica, dice al respecto:

“Las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad. El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones. La atenuación de los efectos del actual desequilibrio depende de lo que hagamos ahora mismo, sobre todo si pensamos en la responsabilidad que nos atribuirán los que deberán soportar las peores consecuencias.

La dificultad para tomar en serio este desafío tiene que ver con un deterioro ético y cultural, que acompaña al deterioro ecológico. El hombre y la mujer del mundo posmoderno corren el riesgo permanente de volverse profundamente individualistas, y muchos problemas sociales se relacionan con el inmediatismo egoísta actual, con las crisis de los lazos familiares y sociales, con las dificultades para el reconocimiento del otro. Muchas veces hay un consumo inmediatista y excesivo de los padres que afecta a los propios hijos, quienes tienen cada vez más dificultades para adquirir una casa propia y fundar una familia. Además, nuestra incapacidad para pensar seriamente en las futuras generaciones está ligada a nuestra incapacidad para ampliar los intereses actuales y pensar en quienes quedan excluidos del desarrollo. No imaginemos solamente a los pobres del futuro, basta que recordemos a los pobres de hoy, que tienen pocos años de vida en esta tierra y no pueden seguir esperando. Por eso,

⁷ Sobre esta temática: Cfr. BERZOSA, R., *Para comprender la creación en clave cristiana*, Estella 2001; UDIAS, A., *Ciencia y Religión. Dos visiones del mundo*, Santander 2009; BEAUCHAMP, A., *El creyente ante la creación*, Bilbao 1999.

"además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional" (LS, n. 161-162).

3. ¿POR QUÉ HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

La pregunta que nos podemos hacer es bien sencilla: ¿cómo se ha alcanzado esta situación de deterioro ambiental?

A un creyente, lo primero que le viene a la mente y al corazón es que, quizás, no se haya entendido adecuadamente el mandato del Señor: "Dominad lo creado" (Gn 1,28) y sea el tiempo de recuperar la visión del planeta que tenía san Francisco, cuando hablaba de nuestro mundo como la hermana-madre tierra, criatura y sustentadora a la vez. Como hermana, hay que esmerarse en su cuidado; como madre, hay que concebirla como "la matriz" de donde ha surgido todo, evidenciando la dependencia que tenemos de ella. La perspectiva franciscana libera al hombre de mirar a su entorno solamente con la avidez de explotarlo. En cambio, evocando su condición de criatura, es consciente del respeto que debe a la Tierra, tributando al mismo tiempo un agradecimiento y sentido reconocimiento al Creador. Pero no solamente el pobrecillo de Asís, también Benedicto XVI nos invitaba a escuchar la "voz de la Tierra", cuando decía:

"Hoy todos vemos que el hombre podría destruir el fundamento de su existencia, su tierra, y, por tanto, que ya no podemos hacer con nuestra tierra, con la realidad que nos ha sido encomendada, lo que queramos y lo que en cada momento parezca útil o conveniente; si queremos sobrevivir, debemos respetar las leyes interiores de la creación, de esta tierra, aprender estas leyes y obedecer también a estas leyes".⁸

Esta afirmación no podemos arrinconarla. Si queremos legar a los que vienen detrás de nosotros algo más que bafio, tenemos que comprender que no estamos aquí para depredar o expoliar el planeta a nuestro antojo. Somos, más bien, administradores y custodios de unos bienes de los que debemos dar cuenta: los bienes de la Tierra. Basta ya de ser tiranos que la exploten o devasten. Si nos creemos dueños absolutos de la Tierra, esta visión no deja espacio a Dios y pone al hombre en un sitio

⁸ Cfr. Encuentro con los párrocos y sacerdotes de las diócesis de Belluno-Feltre y Treviso, Iglesia de Santa Justina mártir - Auronzo di Cadore (24-VII-2007).

equivocado. Por el contrario, alabar al Creador quiere decir mirar a la Tierra como hermana y como madre, y por tanto cuidarla y respetarla.

Seguramente reflexiones como las que acabo de formular nos hubieran preservado de muchos males. Sin embargo, el desarrollo industrial, un ansia de progreso ilimitado y otras motivaciones espurias han impulsado a la sociedad hacia derroteros de los que ahora nos quejamos. Han sido intereses obtusos y perspectivas estrechas las que han dado como resultado la hodierna crisis ecológica. Muchas de estas perspectivas han estado marcadas por la obsesión del lucro a toda costa, de la rentabilidad. Se ha llegado de esta manera en muchas partes a una situación dolorosa de deterioro y contaminación. A ella han contribuido, sin duda, diferentes factores, complejos y poliédricos a la vez, comenzando por la falta de escrúpulos, por los excesos de la sociedad industrial, que ha dado pasos demasiado acelerados, sin tener en cuenta perspectivas a largo plazo.⁹ Los ciclos productivos han esquilado desmesuradamente la naturaleza. No se ha desarrollado la capacidad de reciclar, de reutilizar los desechos. En esto hay un sentir casi unánime (cfr. LS, n. 4. 22).

Ahora bien, ante este panorama, el papa Francisco –y un buen número de analistas– piensa que el desequilibrio reinante en nuestro entorno no es una realidad originaria que pueda abordarse directa y solamente con medidas técnicas. La pobreza, la acumulación de gases nocivos, el hambre, la pérdida de la biodiversidad, etc, son factores tan complejos, que no se puede continuar por una senda que entienda el progreso y el desarrollo solamente desde parámetros estadísticos, pecuniaros o tecnicistas. Como se indica en la *Laudato si*, el panorama ecológico imperante, tan trágico en determinadas zonas del planeta, está pidiendo que los análisis para su solución ahonden sus raíces en matrices que trasciendan el lenguaje de las ciencias exactas, de la biología, para ir

⁹ Los recursos naturales no se deberían utilizar a un ritmo superior al de su ritmo de regeneración. La mayoría de las veces esto no sucede. En cambio, el desarrollo del hombre tendría que ser sostenible. Con este adjetivo “sostenible”, hoy día muy usado, se califica al desarrollo que es capaz de satisfacer las necesidades actuales sin comprometer los recursos y posibilidades de las personas que vienen detrás de nosotros. En una sociedad sostenible, por consiguiente, no debe haber un declive no razonable de cualquier recurso, ni daño significativo a los sistemas naturales ni un declive significativo de la estabilidad social. Intuitivamente, una actividad sostenible es aquella que se puede mantener. Por ejemplo, cortar árboles de un bosque asegurando la repoblación es una actividad sostenible. En cambio, consumir petróleo no es sostenible porque hoy en día no se conoce ningún sistema para crear petróleo a partir de la biomasa. Actualmente buena parte de las actividades humanas no son sostenibles a medio y largo plazo. Esto es dramático. El desarrollo sostenible, en cambio, implicaría poner en marcha todo lo que sea necesario para cubrir las demandas de la sociedad pero a un nivel de explotación de recursos consciente y respetuoso para con el medio ambiente natural.

a reflexiones espirituales, morales, conectadas con la esencia del ser humano, a medidas más bien de ámbito educativo, ético y cultural,¹⁰ por lo cual es urgente una conversión interior, unos postulados integralmente humanistas. Si no se lleva a cabo un giro copernicano y se toman serias y diversificadas medidas para frenar la degradación ambiental, nuestro mundo seguirá desangrándose por sus heridas. En este sentido, la fe cristiana puede ofrecer una benéfica contribución para resolver o al menos paliar la crisis ecológica existente.¹¹

Sobre dicha crisis, ya se pronunciaba hace tiempo sin medias tintas y con hondura un pensador de la talla de J. Moltmann, quizás con el objeto de despertar a muchos de un letargo del que el hombre actual no termina de despertar y que está impidiendo que se actúe de una vez y decididamente. Para él,

“la llamada crisis del medio ambiente no es sólo una crisis del entorno natural del hombre. Es una crisis del hombre mismo. Es una crisis global, irreversible, de la vida en este planeta; una crisis a la que cuadra perfectamente el calificativo de apocalíptica. No es una crisis pasajera, sino, según todos los indicios, el comienzo de la lucha por la supervivencia de la creación en esta tierra”.¹²

Esta consideración a alguno puede parecerle catastrofista. Entiendo que no lo es. Más bien, es una invitación a la responsabilidad, que es la que nos redimirá de ese dinamismo pesimista que habita en muchos corazones observando evasiva o indolentemente lo que sucede en torno al medio ambiente. Será la responsabilidad la perspectiva que nos abra a la luz del futuro, indicándonos que las cuestiones ecológicas no pueden tomar más derrotero que la urgencia de un replanteamiento decididamente ético.¹³ Por nuestro bien y el de aquellos que nos pedirán cuenta, existe una real urgencia de revisar el curso de nuestro mundo y adoptar modelos de progreso y desarrollo que no pongan en peligro el derecho a la vida,

¹⁰ Cfr. GONZÁLEZ CARVAJAL, L., “Fe cristiana y derechos de la naturaleza”, *Communio* 10 (1988) 238-243; ID., *Ideas y creencias del hombre actual*, Santander 2005; ID., *Con los pobres, contra la pobreza*, Madrid 1997; ID., *Fieles a la tierra. Curso de moral social*, Madrid 1996; ID., *La fe, un tesoro en vasijas de barro*, Santander 2013; ID., *El camino hacia una vida lograda*, Madrid 2015.

¹¹ Cfr. CAÑELLAS, G., “Creación y concentración”, en Instituto Fe y Secularidad, *Memoria académica 1990-1991*, 20-36; TOURAINE, A., *La sociedad postindustrial*, Barcelona 1979; SCHAFT, A., *¿Qué futuro nos aguarda?*, Barcelona 1985.

¹² MOLTSMANN, J., *Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación*, Salamanca 1987, 9.

¹³ Cfr. RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *Teología de la creación*, Santander 1986, 181-187.

la dignidad de la persona humana, la salud y el porvenir de nuestro mundo. Sin duda, las medidas que habrá que tomar, en una convergencia armónica de iniciativas internacionales, nacionales, de la sociedad civil y de los individuos en particular, tendrán que tener el color del realismo, la tangibilidad y la eficacia, evitando así que continúen las solas declaraciones, los meros propósitos puestos por escrito en amplios y detallados estudios o las soluciones abstractas y vagas. A esto ayudará el fortalecimiento de una convicción: detrás de cada catástrofe natural, los que respiran el aire contaminado, quienes no pueden acceder al agua potable o asisten entristecidos a la extensión de los desiertos y la desaparición de los bosques, no son entes de razón: son personas pobres, seres angustiados que gritan, hombres y mujeres que tienen igual dignidad que los poderosos y que, sin embargo, se ven descartados, viviendo entre miserias y basuras. Queda solo una vía para salvar nuestra casa común y ésta pasa por reemplazar los intereses miopes, parciales y egoístas, los fríos cálculos económicos, por una apuesta enérgica por la persona y sus derechos fundamentales, una apuesta que descarte la indiferencia y se abra al horizonte de la solidaridad con los necesitados, excluidos y marginados de hoy y también del porvenir.

4. UNA CREACIÓN SIN CREADOR

El Obispo de Ciudad Rodrigo, Mons. Raúl Berzosa, para expresar cómo se ha llegado al grave deterioro ambiental que vivimos ha elaborado con significativa plasticidad una traducción libre del Génesis. Parfraseando las primeras páginas de la Biblia, el Prelado intenta describir coloridamente la actuación descontrolada del hombre que, interviniendo en la naturaleza, ha causado su menoscabo y quebranto. Para designar esta realidad, Mons. Berzosa echa mano del vocablo “antigénesis”.¹⁴ Escuchemos esta presentación:

“Cuenta el primer libro de la Biblia que Dios Creador, concluida su obra, vio que todo era muy bueno y muy bello, y descansó dejando en manos de la persona humana lo que con tanto mimo había creado. El planeta tierra era armonía y luz, y el Espíritu de Dios aleteaba por encima del mundo.

¹⁴ Cfr. BERZOSA, R., “Creación y ecología. Claves para un discernimiento teológico-espiritual”, en *Cuidar la Creación. Respuesta cristiana a la integridad de la creación*, Burgos 2009, 86-88.

Dios confiaba en su criatura. Y, desde ese momento, el hombre, la criatura predilecta de Dios, dio comienzo al antigénesis.

Día primero: Dijo el hombre: "alarguemos la luz del día para que no exista diferencia entre la noche y el día". Y creó las centrales nucleares, rompió los cursos naturales de los ríos, plantó gigantescos molinos de viento y placas solares, y ensució con humos y contaminación la pureza del aire y la atmósfera. Y a su obra, la energía artificial, la denominó *modelo de civilización moderna*.

Día segundo: Dijo el hombre: "conquistemos nuevos espacios; que no haya separación entre lo de arriba y lo de abajo". Y los satélites espaciales, primero, conquistaron nuevos espacios; después, investigaron nuevas formas de vida y comunicación; finalmente, experimentaron nuevas y terribles armas bélicas. Y el espacio exterior se convirtió en fuente permanente de competitividad, de espionaje entre las naciones y amenaza de unos pueblos contra otros.

Día tercero: Dijo el hombre: "ganemos terreno a los ríos y mares y saquemos a la luz lo que en su interior esconden". Y se crearon plataformas y ciudades artificiales, las multinacionales saquearon los fondos marinos en busca del oro negro y las fábricas vertieron sus residuos mortíferos en las cristalinas aguas, convirtiéndolas en viveros de muerte para toda especie viva.

Día cuarto: Dijo el hombre: "explotemos al máximo los frutos de la tierra y hagamos crecer en la tierra nuevas especies". Y los bosques se talaron, los invernaderos rompieron el ciclo natural de las especies, y se multiplicaron los alimentos artificiales ricos en colorantes, conservantes y estabilizadores. Y los plásticos y los aerosoles destruyeron la capa de ozono.

Día quinto: Dijo el hombre: "dominemos los animales y hagamos que nos sirvan, alimenten, vistan y diviertan". Y con su filosofía del dominio y de la explotación, de la civilización del asfalto y las urbanizaciones de lujo, de los insecticidas, herbicidas y las armas sofisticadas, en poco tiempo, desaparecieron familias enteras de aves, mamíferos, reptiles y especies marinas.

Día sexto: Dijo el hombre: "descubramos el secreto del universo y consigamos ser como dioses". Y descubrió el átomo y los elementos subatómicos, las fuerzas electromagnéticas y los agujeros negros. Y se dotó de instrumentos capaces de destruir 500 veces el planeta tierra.

Día séptimo: Dijo el hombre: "hagamos robots y humanoides capaces de realizar la civilización del bienestar, del ocio y de una mejor calidad de vida". Y creó a su imagen y semejanza monstruos pensantes, hizo posible la clonación de humanos y manipuló los códigos genéticos de las criaturas vivientes.

Y cuando Dios Creador despertó y vio lo que había hecho el hombre con su obra volvió a infundir su Espíritu para hacer nuevas todas las cosas, suscitando hombres y mujeres de paz y diálogo, de honestidad y transparencia, de sensibilidad ecológica y trascendente, testigos de la austeridad y la solidaridad. Hombres nuevos para una sociedad y civilización nuevas, la del amor y de la vida”.

El cuadro bosquejado por Mons. Berzosa, con tonalidades plásticas y sugerentes, nos empuja a no quedar indiferentes. ¿Qué hemos de hacer?, volvemos a preguntarnos. Pensamos que la aciaga realidad que estamos viviendo en muchos sitios de nuestro planeta esta imponiendo al hombre un cambio, un tomarse en serio una apuesta ecológica que no puede ser epidérmica. Hay que limpiar, restaurar, transformar el gris en aquel verde de un tiempo, volver a ver los cielos azules y no contaminados. La madre tierra se queja y no podemos continuar siendo insensibles a sus gritos, con una sordera crónica. Honestidad, transparencia, solidaridad, sensibilidad ecológica, austeridad. Estas claves han de llevarnos a encarar el tema ecológico de una manera seria, concreta, eficiente, sin pesimismo anquilosantes. Se requiere sobriedad, no depredación. No vale solamente la crítica o la ingenuidad. Hay que ser sobre todo esperanzados y seguir aportando claves positivas para regenerar un mundo que lo está requiriendo. Y esto hacerlo desde una ecología integral, en la que vayan unidos Dios, hombre y tierra. Esta ecología integral habrá de recordar siempre una frase lapidaria: “La tierra no la hemos heredado de nuestros antepasados: la hemos heredado en préstamo de nuestros hijos”. Esta lacerante expresión, atribuida a Antoine de Saint-Exupéry, aunque en realidad procede de un proverbio indio, podría ser el punto de partida del paradigma de lo que se está llamando “nueva ecología”. Es la que se propone desde la fe, la que encabeza hoy el papa Francisco y que sostiene que la tierra es un jardín que hay que cultivar y mimar, no únicamente explotar o dominar. Hay que cuidarlo, de lo contrario se agosta. Y en esto han de estar unidos Dios, que lo creó, y el hombre, que ha de custodiarlo.

Creemos que, si la tierra no tiene salud, es porque el hombre está enfermo y su enfermedad viene del olvido de Dios. Dios no quita nada al hombre, ni lo hace infantil. Antes bien le da su auténtico sentido. Han de caminar unidos, al unísono, en esta bella aventura de hacer fructífera y habitable esa casa que es de todos y para todos, ese planeta que nos acoge y que no podemos arruinar.¹⁵

¹⁵ Cfr. GESCHE, A., *Dios para pensar*, Salamanca 1995, 251-262.

5. ALGUNAS CLAVES PARA COMPRENDER EL CONTENIDO DE LA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'*, DEL PAPA FRANCISCO

Pues bien, siendo consciente del desafío ecológico y de lo urgente que es actuar, de cara al importante encuentro que se tendrá en París del 29 de noviembre al 11 de diciembre de 2015,¹⁶ para estudiar el cambio climático y enfrentarse a sus consecuencias, el Santo Padre Francisco ha deseado recoger sus pensamientos al respecto en una interesante encíclica, titulada *Laudato si'*. Su palabra viene a sumarse a todo un rico magisterio pontificio y eclesial precedente, retomándolo y completándolo. Sus propuestas se radican en la solicitud de la Iglesia por el cuidado de la Tierra.

El Papa ha escrito su encíclica, entre otras cosas, como aportación a esta importante Conferencia parisina, buscando que la misma no quede en simples titulares de periódicos, en un mero enunciado de propósitos que luego no se transformen en decisiones reales, en un nuevo triunfo de los intereses particulares de algunos países sobre el bien común de la humanidad. Con su pensamiento, el Obispo de Roma busca ofrecer una contribución sustanciosa a esta Cumbre, haciendo converger voluntades para enfrentar este reto impostergable de proteger nuestra casa común. Y esto incluye, ante todo, que en la COP21 se adopten acuerdos concretos, globales, justos, solidarios, vinculantes, revisables, de modo que se palie el impacto del cambio climático, se erradique la pobreza y se respeten los derechos fundamentales de la persona. Sería fundamental que de París surgiera la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo humano, sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar.

Con la encíclica, el Santo Padre lanza a la humanidad una invitación tanto a la responsabilidad como a la esperanza: debemos escuchar el clamor de la tierra que grita por las heridas que la asolan; es necesario ayudar a los pobres que son quienes más las sufren; todos podemos hacer algo por mejorar nuestro planeta: todos, no solamente las instancias

¹⁶ La XXI Conferencia Internacional sobre Cambio Climático o 21ª Conferencia de las Partes y la 11ª Conferencia de las Partes en calidad de reunión de las Partes en el Protocolo de Kyoto (COP21/CMP11) se celebra en París entre el 29 de noviembre y el 11 de diciembre de 2015. Estas conferencias están siendo organizadas por la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC). El objetivo de esta cumbre es el de concluir un acuerdo mundial para reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero. La COP21 debería ser la aurora de una etapa significativa en el proceso de desarrollo de un sistema energético novedoso, que privilegie las energías renovables y limpias, postergando el uso de combustibles fósiles y altamente contaminantes.

internacionales o estatales, cada uno de nosotros en primera persona ha de contribuir con lo mejor de sí mismo a este reto que se nos presenta. Esto reclama un diálogo abierto, franco, clarificador, en donde se escuche la voz de todos y nadie quede excluido. Todos podemos aportar: personas, municipios, asociaciones internacionales, responsables políticos, organizaciones no gubernamentales, empresas, científicos. Todos estamos llamados, por consiguiente, a llevar a cabo pequeños gestos, acciones cotidianas o grandes decisiones que pongan freno al deterioro ambiental. No es cuestión únicamente de acumular informaciones ecológicas. A las mismas hay que sumar una incisiva pedagogía que desemboque en acciones concretas y diarias en beneficio de la casa común que a todos nos acoge.

No podemos sucumbir a la resignación de muchos, que confiesen que ya es tarde para intervenir en el curso de la destrucción del planeta. El Papa no se deja vencer por el escepticismo o el desaliento. Sabemos, dice Su Santidad, “que el Creador no nos abandona, que nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, que no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común” (LS, n. 13).

Por eso, el Santo Padre desea con su escrito reconocer, apoyar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. El Papa sabe que merecen una gratitud especial quienes luchan con vigor para resolver las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo. Su Santidad no ignora que los jóvenes están reclamando un cambio de rumbo (cfr. LS, n. 53. 61. 202). Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos.

El Obispo de Roma, con la *Laudato si*, hace

“una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. El movimiento ecológico mundial ya ha recorrido un largo y rico camino, y ha generado numerosas agrupaciones ciudadanas que ayudaron a la concientización. Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del

problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva. Como dijeron los Obispos de Sudáfrica, "se necesitan los talentos y la implicación *de todos* para reparar el daño causado por el abuso humano a la creación de Dios". Todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el cuidado de la creación, cada uno desde su cultura, su experiencia, sus iniciativas y sus capacidades" (LS, n. 14).

El *núcleo* principal de este importante documento lo podemos resumir de esta manera: el tema de la ecología y la humanidad caminan unidos, porque "un verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un planteamiento social, que debe llevar a integrar la justicia en las discusiones sobre el medio-ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres" (LS, n. 49).

Ciertamente, el Obispo de Roma, en su escrito, hace una confesión necesaria y realista: en estos temas de la ecología, hay muchas cuestiones discutibles. La Iglesia no pretende definir cuestiones científicas ni sustituir a la política. Su aspiración más bien es invitar a un debate honesto y transparente para que las necesidades particulares o las ideologías no afecten al bien común (cfr. LS, n. 188).

Un deseo permanente aflora a lo largo de todas las páginas de la encíclica *Laudato si'*: la humanidad entera necesita cambiar; nos hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitirá el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Es un desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración (cfr. LS, n. 202).

Cuatro son las finalidades que pretende conseguir la encíclica:

- a. Superar "los mitos" de la modernidad basados en "la razón instrumental" que, a su vez, promovía el individualismo, el progreso indefinido, la competencia, el consumismo o el mercado sin reglas (cfr. LS, n. 210).
- b. Hay que recuperar los diversos niveles que comporta un verdadero equilibrio ecológico: el nivel o dimensión interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, y el espiritual con Dios (cfr. LS, n. 210).
- c. Debemos favorecer una "ciudadanía ecológica", que no sólo "esté informada" sino "que desarrolle sanos hábitos ecológicos" en la vida de cada día (cfr. LS, n. 211).

- d. Estamos llamados a ser los instrumentos del Padre Dios para que nuestro planeta sea lo que Él soñó al crearlo, y así respondamos a su proyecto de paz, de belleza y de plenitud (cfr. LS, n. 53).

Su Santidad, una y otra vez, *nos involucra a todos en este tema*. Todos estamos unidos por la misma preocupación. Aquí nadie puede ir por libre (cfr. LS, n.7-12). En resumen, todos buscamos una “ecología integral” que conecte el medio ambiente con la esencia y lo más genuino de lo humano (cfr. LS, n. 11).

¿Cómo ha planteado el Papa esta Encíclica? (cfr. LS, n. 15). Yo invito y recomiendo a todos ustedes leerla. Si esto se hiciera realidad yo sería muy feliz y creo que ustedes se verían muy beneficiados.

La encíclica tiene seis capítulos. Los enuncio brevemente. En una primera parte, se realiza un recorrido por los diversos aspectos de la actual crisis ecológica, y se aboga por unir ciencia-ética-espiritualidad. En este sentido, Su Santidad irá a las raíces de la actual situación para detectar no sólo los síntomas, sino las causas. En un segundo momento, Francisco recordará lo mejor de la tradición judeo-cristiana sobre el tema. A continuación, abogará por una “ecología integral” que coloque al ser humano en su lugar peculiar y lo resitúe en la realidad que le rodea. Finalmente, el Papa propone líneas de diálogo y de acción para un compromiso personal y comunitario, incluso con alcance de política internacional. Para fundamentarlo, se inspirará en el tesoro de la genuina espiritualidad cristiana.

Una lectura detenida del documento evidencia, en palabras de Mons. J.A. Martínez Camino, que el pensamiento de Su Santidad en la *Laudato si* “no es sólo ecología; es teología”.¹⁷ Porque lo que el Papa, en definitiva, denuncia es que el responsable principal de lo que está pasando con la Tierra y la humanidad es precisamente el ser humano que se ha apartado del Creador y se ha colocado a sí mismo en el centro de todo, haciéndose autorreferencial. Por consiguiente, la cuestión ecológica nos pone a todos (creyentes y no creyentes) de modo nuevo ante la cuestión de Dios y de la naturaleza, no ciertamente como diosa, sino como portadora de un lenguaje divino de sentido.

Como muy bien ha afirmado el cardenal G. Müller, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe,¹⁸ lo que el papa Francisco nos ha

¹⁷ *ABC* (2-VII-2015) 3.

¹⁸ *Ecclesia* 3786 (4-VII-2015) 25-28.

propuesto en su encíclica para salvaguardar nuestro planeta es un cambio sustancial, sin evasivas: se trata de reconocer que vivimos en la misma casa que Dios nos ha regalado, y que somos hijos del mismo Creador.

6. MIRANDO HACIA LA CUMBRE DE PARÍS (COP21)

Prolongando las líneas maestras de su encíclica *Laudato si*, el Santo Padre pronunció un importante discurso ante los ministros del Ambiente de los países miembros de la Unión Europea, el día 16 de septiembre del 2015.

En esa circunstancia, el Obispo de Roma les recordó que el medio ambiente es un bien común, patrimonio de toda la humanidad, y responsabilidad de cada uno de nosotros. Una responsabilidad que debe entenderse como “transversal” y que requiere una colaboración eficaz dentro de toda la comunidad internacional.

Como contribución a la adopción de los objetivos del desarrollo sostenible que se estudiarán en París, el papa Francisco señaló tres pilares o tres principios concretos:

- a) En primer lugar, el *principio de solidaridad*, que es una “palabra a veces olvidada, otra veces abusada de forma estéril”. Sabemos que las personas más heridas por la degradación ambiental son los pobres. Ellos son los que mayormente sufren las consecuencias más graves. En este contexto, el papa Francisco ha recordado que solidaridad quiere decir “implementar instrumentos eficaces, capaces de unir la lucha a la degradación ambiental con la de la pobreza”.
- b) En segundo lugar, habló del *principio de justicia*. Recordó que en la encíclica *Laudato si* aparece el tema de la “deuda ecológica”, sobre todo entre norte y sur, unida a desequilibrios comerciales con graves consecuencias en algunos países. “Debemos resarcir dicha deuda”. Estamos llamados a resolver esta deuda dando ejemplo y “limitando de forma importante el consumo de energía no renovable, aportando recursos a los países más necesitados para promover políticas y programas de desarrollo sostenible, adoptando sistemas de gestión adecuados”.
- c) En tercer lugar, Francisco expuso el *principio de participación*, que requiere la implicación de todas las partes, también de las

que a menudo permanecen al margen de los procesos de decisión. A este propósito, explicó que vivimos en un momento histórico muy interesante donde, por una parte, la ciencia y la tecnología ponen en nuestras manos un poder sin precedentes; y, por otra, el uso correcto de tal poder presupone la adopción de una visión más integral e integrante. Esto requiere abrir las puertas a un diálogo inspirado en una “ecología integral”. Se trata de un gran desafío cultural, espiritual y educativo.

El papa Francisco terminó su intervención animando a los presentes a intensificar sus trabajos para que, en París, se llegue a los resultados deseados. En esto insiste mucho el Santo Padre. Se trata de alcanzar metas eficaces, jurídicamente vinculantes, concretas y prácticas. De lo contrario, la Cumbre de París será la enésima declaración de principios e intenciones y nada más.

7. DISCURSOS DEL PAPA FRANCISCO EN ESTADOS UNIDOS (SEPTIEMBRE DEL AÑO 2015)

Durante el mes de Septiembre de 2015, el Sumo Pontífice realizó un viaje pastoral a Estados Unidos. Dos de sus intervenciones trataron cuestiones netamente ecológicas.

Palabras en el Congreso Norteamericano (24-IX-2015)

En su discurso al Congreso de los Estados Unidos de América, el 24 de septiembre de 2015, el papa Francisco recordó que el justo uso de los recursos naturales, la aplicación de soluciones tecnológicas y la guía del espíritu emprendedor son parte indispensable de una economía que busca ser moderna pero especialmente solidaria, sostenible y al servicio al bien común.¹⁹ Y este bien común incluye también la salvaguarda de la tierra. Ahora es el tiempo de acciones valientes y de estrategias para implementar una “cultura del cuidado”,²⁰ para reconocer cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder; para poner la técnica al

¹⁹ Cfr. *Laudato si*, n. 129.

²⁰ Cfr. *Ibid.*, n. 231.

“servicio de otro tipo de progreso más sano, más humano, más social, más integral”.²¹

Discurso en la ONU (25-IX-2015)

El 25 de septiembre de 2015, Su Santidad dirigió un memorable discurso a representantes de todos los países reunidos para la septuagésima sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En esa significativa circunstancia, el papa Francisco subrayó que el panorama mundial de hoy nos presenta falsos derechos, a la vez que existen grandes sectores indefensos, víctimas de un mal ejercicio del poder. Entre ellos, destacó dos: el ambiente natural y el vasto mundo de mujeres y hombres excluidos. Dos sectores íntimamente unidos entre sí, que las relaciones políticas y económicas preponderantes han convertido en partes frágiles de la realidad. Por eso hay que afirmar con fuerza sus derechos, consolidando la protección del ambiente y acabando con la exclusión.

El papa Francisco, en sintonía con *Laudato si*, recordó que existe un verdadero “derecho del ambiente”, justificado por un doble motivo: primero, porque los seres humanos somos parte del ambiente. Vivimos en comunión con él, ya que el mismo ambiente comporta límites éticos que la acción humana debe reconocer y respetar. El hombre, aun cuando está dotado de “capacidades inéditas” que “muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico”²² es al mismo tiempo una porción de ese ambiente. Tiene un cuerpo formado por elementos físicos, químicos y biológicos, y solo puede sobrevivir y desarrollarse si el ambiente ecológico le es favorable. Cualquier daño al ambiente, por tanto, es un daño a la humanidad.

Y, en segundo lugar, porque cada una de las creaturas, especialmente las vivientes, tiene un valor en sí misma, de existencia, de vida, de belleza y de interdependencia con las demás creaturas. Los cristianos, junto con las otras religiones monoteístas, creemos que el universo proviene de una decisión de amor del Creador, que permite al hombre servirse respetuosamente de la creación para el bien de sus semejantes y para gloria del Creador, pero no puede abusar de ella y mucho menos

²¹ Cfr. *Ibid.*, n. 112.

²² Cfr. *Ibid.*, n. 81.

está autorizado a destruirla. Para todas las creencias religiosas, el ambiente es un bien fundamental.

Por todo lo anterior, el papa Francisco denunció que el abuso y la destrucción del ambiente, al mismo tiempo, van acompañados por un imparable proceso de exclusión. La exclusión económica y social es una negación total de la fraternidad humana y un gravísimo atentado a los derechos humanos y al ambiente. Los más pobres son los que más sufren estos atentados por un triple grave motivo: son descartados por la sociedad, son al mismo tiempo obligados a vivir del descarte, y deben sufrir injustamente las consecuencias del abuso del ambiente. Estos fenómenos conforman la, hoy tan difundida e inconscientemente consolidada, “cultura del descarte”.²³

El Santo Padre quiso alzar su voz, junto a la de todos aquellos que anhelan soluciones urgentes y efectivas. A la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, aprobada el 25 de septiembre 2015,²⁴ la calificó como una importante señal de esperanza. Y, a propósito de la Conferencia de París sobre el cambio climático, pedía que en ella se logaran acuerdos fundamentales y eficaces.

El Sumo Pontífice insistió en que no son suficientes los compromisos asumidos solemnemente, aun cuando constituyen un paso necesario para las soluciones. La definición clásica de justicia contiene como elemento esencial una voluntad constante y perpetua: “*Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*”.²⁵ El mundo reclama de

²³ El Santo Padre ha hecho numerosas referencias a este término, por ejemplo en su Discurso al cuerpo diplomático (12-I-2015).

²⁴ El 25 de septiembre de 2015, en el seno de la LXX Asamblea General de las Naciones Unidas, 193 Jefes de Estado y Gobierno mundiales se comprometieron con la *Agenda 2030 para el desarrollo sostenible*. Este programa cuenta con 17 Objetivos, llamados Objetivos de desarrollo sostenible, y pretende alcanzar principalmente tres logros en 15 años (2016-2030): erradicar la pobreza extrema, combatir la desigualdad y la injusticia, y hacer frente al cambio climático. Estos 17 objetivos tienen 169 metas y vienen a sustituir a los 8 Objetivos de desarrollo del milenio (ODM), que se lanzaron en el año 2000 y cuya vigencia llegaba hasta el 2015. A diferencia de los ODM, que fueron elaborados por un grupo de expertos a puerta cerrada, los Objetivos de desarrollo sostenible son el resultado de un vasto proceso de negociación que involucró a los 193 Estados Miembros de la ONU y contó también con la participación sin precedentes de la sociedad civil y de otras instancias interesadas. Los 17 Objetivos de desarrollo sostenible tienen un amplio alcance pues abordan los elementos necesarios para dicho desarrollo sostenible: el crecimiento económico, la inclusión social y la protección del medio ambiente. Mientras que los ODM se centraban principalmente en la agenda social e iban dirigidos a los países en vías de desarrollo, en particular a los más pobres, los 17 Objetivos de desarrollo sostenible miran a todo el mundo: a los países avanzados, a los que están en vías de desarrollo; a las personas ricas y a las pobres.

²⁵ La definición es la clásica del derecho romano, *Digesta* 1,1,10 pr.

todos los gobernantes una voluntad efectiva, práctica, constante, de pasos concretos y medidas inmediatas, para preservar y mejorar el ambiente natural y vencer cuanto antes el fenómeno de la exclusión social y económica.

El Papa es consciente de que la multiplicidad y complejidad de los problemas señalados exige contar con instrumentos técnicos de medida. Pero hay que evitar un doble peligro: por un lado, limitarse al ejercicio burocrático de redactar largas enumeraciones de buenos propósitos –metas, objetivos e indicadores estadísticos–; y, por otro, creer que una única solución teórica y apriorística dará respuesta a todos los desafíos. Para que los hombres y mujeres concretos puedan escapar de la pobreza extrema, hay que permitirles ser dignos actores de su propio destino. Esto supone y exige el derecho a la educación, reforzando el derecho primario de las familias a educar, y el derecho de las Iglesias y de agrupaciones sociales a sostener y colaborar con las familias en la formación de sus hijas e hijos. La educación, así concebida, es la base para la realización de la Agenda 2030 y para recuperar el ambiente. Al mismo tiempo, los gobernantes han de hacer todo lo posible a fin de que todas las personas puedan tener la mínima base material y espiritual para ejercer su dignidad y para formar y mantener una familia, que es la célula primaria de cualquier desarrollo social. Ese mínimo absoluto tiene en lo material tres nombres: techo, trabajo y tierra; y un nombre en lo espiritual: libertad del espíritu, que comprende la libertad religiosa, el derecho a la educación y los otros derechos cívicos.

El papa Francisco se atrevió a subrayar que la medida y el indicador más simple y adecuado del cumplimiento de la nueva Agenda para el desarrollo será el acceso efectivo, práctico e inmediato, para todos, a los bienes materiales y espirituales indispensables: vivienda propia, trabajo digno y debidamente remunerado, alimentación adecuada y agua potable; libertad religiosa y, en general, más libertad del espíritu y educación. Al mismo tiempo, estos pilares del desarrollo humano integral tienen un fundamento común, que es el derecho a la vida y, más en general, lo que podríamos llamar el derecho a la existencia de la misma naturaleza humana.

Insistió el papa Francisco en que la crisis ecológica, junto con la destrucción de buena parte de la biodiversidad, puede poner en peligro la existencia misma de la especie humana. Las nefastas consecuencias de un irresponsable desgobierno de la economía mundial, guiado solo por la ambición de lucro y de poder, deben ser una llamada a una severa reflexión

sobre el hombre: “El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza”.²⁶ La creación se ve perjudicada “cuando nosotros mismos somos las últimas instancias [...] El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que solo nos vemos a nosotros mismos”.²⁷ Por eso, la defensa del ambiente y la lucha contra la exclusión exigen el reconocimiento de una ley moral inscrita en la propia naturaleza humana, que comprende la distinción natural entre hombre y mujer²⁸ y el absoluto respeto de la vida en todas sus etapas y dimensiones.²⁹ Sin el reconocimiento de unos límites éticos naturales insalvables y sin la actuación inmediata de aquellos pilares del desarrollo humano integral, el ideal de “salvar las futuras generaciones del flagelo de la guerra”³⁰ y de “promover el progreso social y un más elevado nivel de vida en una más amplia libertad”, corre el riesgo de convertirse en un espejismo inalcanzable o, peor aún, en palabras vacías que sirven de excusa para cualquier abuso y corrupción, o para promover una colonización ideológica a través de la imposición de modelos y estilos de vida anómalos, extraños a la identidad de los pueblos y, en último término, irresponsables.

El papa Francisco recordó finalmente que la guerra es la negación de todos los derechos y una dramática agresión al ambiente. Si se quiere un verdadero desarrollo humano integral para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y entre los pueblos.

8. HACIA UNA TEOLOGÍA-ESPIRITUALIDAD ECOLÓGICA

En la encíclica *Laudato si*, el papa Francisco indica que la espiritualidad cristiana, con numerosos siglos de experiencia, brinda una benéfica contribución al intento de renovar la humanidad. El Obispo de Roma, al respecto, se detiene en las claves de esta “espiritualidad ecológica”, unida

²⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso al Parlamento Federal de Alemania*, (22-IX-2011). Cfr. *Laudato si*, n. 6.

²⁷ Cfr. ID., *Discurso al Clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone*, (6-VIII-2008). Cfr. *Laudato si*, n. 6.

²⁸ Cfr. *Laudato si*, n. 155.

²⁹ Cfr. *Ibid.*, n. 123; 136.

³⁰ Cfr. *Carta de las Naciones Unidas*, “Preámbulo”.

al tema de la educación ambiental.³¹ Quiero evocarlas como motivaciones que nutran nuestro entusiasmo y nuestra pasión por el cuidado del mundo. Si las recordamos, a modo de sucintos postulados, nuestra actitud y nuestra vida beneficiarán al mundo que nos rodean. Las enuncio:

1.- *Dios Creador tuvo un Plan original*: el de una creación buena, bella y armoniosa (“profundamente ecológica”).

2.- El hombre debía gobernar la creación en *santidad y justicia* (Sal 9,1-4).

3.- La persona humana es *administradora*, no dueña de la creación (Gn 2,15).

4.- El sano y justo “*dominio*” sobre la creación nos impide caer en dos extremos:

- ni el mundo es meramente sagrado o divino (*adoración*);
- ni el mundo es sólo secular (y, entonces, se puede abusar de él).

5.- Por el pecado personal, y las estructuras de pecado social que genera, se puede hablar de “*antocreación*”: la del hombre egoísta, individualista, preocupado solamente por la ganancia, que se ha apropiado y ha explotado la naturaleza, ha secularizado lo creado, ha contribuido a generar enormes bolsas de pobreza humana y ha reconvertido, en definitiva, el proyecto original que Dios tenía sobre el mundo en otro donde el hombre se ha puesto en el centro y en la cima de todo. Esto lo ha conducido a dar prioridad absoluta a sus propias conveniencias circunstanciales, de manera que todo lo que no sea su propio yo se vuelve relativo. Esto no puede seguir adelante. Debemos renunciar a la lógica del “usa y tira”, que no solo es propia del mercado. También la utilizamos con las personas. Esta visión pragmática empuja a una persona a aprovecharse de otra y a tratarla como mero objeto. Así nos va.

6.- Si no hay verdades objetivas ni principios o valores sólidos, fuera de la satisfacción de los propios deseos y de las necesidades inmediatas, la naturaleza ya no se siente como norma válida ni menos todavía como refugio viviente. Se debilita así el valor que el mundo tiene en sí mismo. Por eso no es extraño que el Papa diga:

“La falta de preocupación por medir el daño a la naturaleza y el impacto ambiental de las decisiones es sólo el reflejo muy visible de un desinterés

³¹ Cfr. *Laudato si*, n. 202-246.

por reconocer el mensaje que la naturaleza lleva inscrito en sus mismas estructuras. Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad –por poner sólo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza. Todo está conectado. Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, "en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza" (LS, n. 117).

7.- Debemos volver a poner a Dios en el centro y, con la luz que nos viene de su amor, mirar al mundo. Con la gracia de Dios podremos luchar por hacer realidad la nueva civilización del amor y de la defensa de la vida (*ecología moral*), en la que el valor supremo seguirá siendo el hombre como imagen de Dios, por tanto como hijo de Dios y constructor de fraternidad. Desde aquí se experimentará la necesidad de una espiritualidad, en clave ecológica, que no sea ni evasiva ni dualista, sino potenciadora de las dimensiones personales, sociales y cósmicas; una espiritualidad que nos haga vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios, que nos mantenga sanamente en relación al universo; una espiritualidad ecológica creativa y unitaria.

8.- En todos estos retos, las nuevas generaciones tienen un papel de acentuado y real protagonismo. Ellas son la esperanza de una nueva humanidad y de unos nuevos valores ecológicos.³² El futuro está en manos de Dios y, sin duda, Él confía en sus hijos más jóvenes.³³

CONCLUSIÓN

Tal vez unas palabras del Papa, en una reciente entrevista, puedan resumir lo anteriormente expresado:

“En *Laudato si* he intentado mostrar los profundos lazos que existen entre el compromiso para erradicar la pobreza y el cuidado de la creación.

³² Sobre este mismo tema: Cfr. BERZOSA, R., *100 preguntas sobre el misterio de nuestros orígenes*, Burgos 2005; BRADLEY, I., *Dios es verde. Cristianismo y medio ambiente*, Santander 1993; SPINSANTI, S., “Ecología. Dimensión espiritual”, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, 382-389.

³³ Cfr. BERZOSA, R., *Creación y teología. Claves para un discernimiento teológico-espiritual*, 100-101.

Tenemos que dejar a nuestros hijos y nietos una Tierra en la que puedan vivir, y comprometernos a construir una paz duradera y justa”.³⁴

Ojalá que los aquí presentes, con la ayuda de Dios, hagamos realidad en nuestras vidas eso que el Obispo de Roma desea, de manera que el mundo en el que habitamos se beneficie por nuestro amor a la naturaleza.

³⁴ Cfr. PIGOZZI, C., “Entrevista al Papa Francisco”, *ABC* (18-X-2015) 22-23.